

FIDEL CASTRO: ARQUITECTO DE LA PATRIA GRANDE*

Daniel Martínez Cunill**

Historia



“[...] Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto”

José Martí

Resumen

Desde sus primeras expresiones políticas públicas Fidel Castro sostuvo una indeclinable lucha por la unidad de las diversas luchas libertarias de América Latina y el Caribe. Fue un persistente e incisivo defensor de la unidad latinoamericana, siempre llamó a las izquierdas del continente a unificar sus esfuerzos. En especial jugó un papel fundamental en dos procesos revolucionarios: los de Nicaragua y El Salvador. En la década de los setenta y ochenta Fidel convocó a los principales dirigentes del FSLN y del FMLN a que depusieran sus diferencias y dieran prioridad a sus coincidencias, lo cual dio un impulso decisivo a las luchas en ambos países.

Palabras clave: unidad latinoamericana, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nicaragua, El Salvador

Antecedentes

Fidel sintetizó como ninguno de nuestros héroes contemporáneos, tanto en su pensamiento como en su práctica, la unidad latinoamericana. Desde su incuestionable estatura moral, promovió e inspiró un movimiento libertador que atravesó todo el continente. Heredero de los más elevados pensamientos de Simón Bolívar y José Martí, insistió de manera perseverante y tenaz en la imperiosa necesidad de la unidad latinoamericana y caribeña, como paso fundamental para lograr una sociedad mejor en nuestro continente.

Todos los militantes de la izquierda latinoamericana, todos los intelectuales y progresistas, todas las personas que tuvieron la posibilidad de hablar con él y oír sus reflexiones, no pueden haber dejado de recibir el imperioso reclamo de poner la unidad por encima de cualquier diferencia táctica, de matices e individualidades. Incluso a la hora de definir estrategias de largo aliento, en busca de la toma del poder y de la construcción de una sociedad poscapitalista, urgía a deponer los dogmatismos y dar prioridad a la unidad.

Junto a sus reclamos a favor de la unidad continental, ponía siempre el llamado a abandonar visiones mezquinas y chauvinistas. Para toda una izquierda latinoamericana educada en los estrechos márgenes de cada país y marcada por disputas y prejuicios nacionalistas, que databan de uno y dos siglos atrás, escuchar los argumentos de Fidel, que demolían fronteras, era una lección de historia y un llamado a elevar la mirada miope más allá de la geografía de nuestros respectivos países. Es decir, entender la unidad como un compromiso despojado de reducidas concepciones patrioterías y preñado de internacionalismo. En una ocasión lo expresó así: “(...) ser internacionalistas es saldar nuestra propia deuda con la humanidad. Quien no

* Escribo este artículo con el inconsolable sentimiento de orfandad que me causa la partida de Fidel. Peca de todo el subjetivismo que emana de la profunda admiración que siento por él y asumo con responsabilidad el carácter testimonial de algunas informaciones y conversaciones que no son del dominio público.

** Sociólogo chileno naturalizado mexicano. Especialista en temas de Centroamérica, negociaciones y procesos de paz.

sea capaz de luchar por otros, no será nunca suficientemente capaz de luchar por sí mismo” (Castro, 1988).

Ya desde el Manifiesto del Moncada, redactado el 23 de julio de 1953, tres días antes del asalto, se plasman sus ideas latinoamericanistas:

La Revolución declara su respeto por las Naciones libres de América hermana que han sabido conquistar a costas de cruentos sacrificios, la posición de libertad económica y justicia social que es el índice de nuestro siglo. Y hace votos en esta hora decisiva, porque la clarinada cubana sea una estrella más en la conquista de los ideales e intereses latinoamericanos, latentes en la sangre de nuestros pueblos y en el pensamiento de nuestros hombres más ilustres (*Manifiesto del Moncada*, 1953).

Son conocidas las páginas de la historia que siguen a esa epopeya. El asalto al cuartel, las pruebas de heroísmo de los asaltantes, la represión y la cárcel.

Sin embargo, tres meses después, ahí estaba Fidel ratificando su vocación latinoamericanista ante el tribunal que pretendía juzgarlo por los hechos del Moncada. El acusado se convierte en acusador de la dictadura y reitera cuáles serían las leyes revolucionarias que se habrían proclamado de haber culminado con éxito la acción revolucionaria. Fiel a sus principios martianos sostuvo:

Se declaraba, además, que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo (Castro, 2007:37).

A la luz de estos sólidos preceptos es que se entiende posteriormente la presencia de mexicanos en la audaz odisea del Granma. Asimismo, sólo bajo esta concepción se explica a plenitud la presencia del Che entre los combatientes que salen de México rumbo a Cuba.

La historia, terca en sus hechos, demostraría con los años cómo Fidel y la Revolución Cubana no se apartaron jamás de esos generosos principios.

Otro ineludible y necesario alto en este somero recuento lo constituye la Primera Declaración de La Habana, que en su párrafo octavo proclama:

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba reafirma su fe en que la América Latina marchará pronto, unida y vencedora, libre de las ataduras que convierten sus economías en riqueza enajenada al imperialismo norteamericano y que le impiden hacer oír su verdadera voz en las reuniones donde cancilleres domesticados, hacen de coro infamante al amo despótico. Ratifica, por ello, su decisión de trabajar por ese común destino latinoamericano que permitirá a nuestros países edificar una solidaridad verdadera, asentada en la libre voluntad de cada uno de ellos y en las aspiraciones conjuntas de todos. En la lucha por esa América Latina liberada, frente a las voces obedientes de quienes usurpan su representación oficial, surge ahora, con potencia invencible, la voz genuina de los pueblos, voz que se abre paso desde las entrañas de sus minas de carbón y de estaño, desde sus fábricas y centrales azucareros, desde sus tierras enfeudadas, donde rotos, cholos, gauchos, jíbaros, herederos de Zapata y de Sandino, empuñan las armas de su libertad, voz que resuena en sus poetas y en sus novelistas, en sus estudiantes, en sus mujeres y en sus niños, en sus ancianos desvelados. A esa voz hermana, la

Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba le responde: ¡Presente! Cuba no fallará (*Declaración de La Habana*, 1960).

Años más tarde, en el evento fundacional de la OSPAAL a inicios de 1966, que expresaba estos mismos valores, Fidel dijo en su discurso:

La América Latina confronta en los años venideros, en el escenario dominicano, una de las luchas más serias en los próximos años. Santo Domingo, un país pequeño ocupado por decenas de miles de soldados yanquis, se enfrenta a una lucha larga y dura. Santo Domingo, el pueblo dominicano, no deberá enfrentarse solo a los imperialistas yanquis.

Y más adelante agregó:

En la América Latina no debe quedar ni uno, ni dos, ni tres pueblos luchando solos contra el imperialismo. La correlación de fuerzas de los imperialistas en este continente, la proximidad de su territorio metropolitano, el celo con que tratará de defender sus dominios en esta parte del mundo, exige en este continente, más que en ninguna otra parte, una estrategia común, una lucha común y simultánea (Castro, 1966).

Fidel y el impulso a la unidad de los revolucionarios centroamericanos

La Revolución Popular Sandinista

A una semana del triunfo de la Revolución Popular Sandinista, cuando aún Nicaragua olía a pólvora y se combatía a algunos bolsones de guardias somocistas que se negaban a rendirse, la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional y un nutrido contingente de cuadros del FSLN, viajaron a Cuba a la conmemoración del 26 Aniversario del asalto al Cuartel Moncada.

Esta decisión, que recayó por entero en los comandantes sandinistas y que podría considerarse como muy arriesgada, dadas las condiciones que imperaban en el país, tenía profundas raíces, tanto en el papel que jugó Fidel en la unidad de las tendencias al seno del sandinismo como en la gratitud que el FSLN quería demostrarle a Cuba y a su Comandante en Jefe.

El viaje se organizó en medio del mayor sigilo. Hay que recordar que el FSLN mantenía intactas sus costumbres guerrilleras. Con un dejo de preocupación por parte del propio Fidel, que hacía llegar su inquietud por medio de un apesadumbrado embajador, dividido entre la responsabilidad que implicaba y el enorme valor simbólico que tendría la presencia de los comandantes triunfadores en el acto conmemorativo a celebrarse en Cuba. Así, salieron hacia La Habana. El propio Fidel lo reiteró en su discurso, señalando que su presencia se debía a una decisión exclusivamente sandinista: “(...) Porque no fue nuestra la iniciativa, ya que nosotros sabemos toda la tarea que tienen ahora, toda la ocupación, toda la necesidad de su presencia en el país, especialmente en estos días iniciales. No habríamos sido capaces de pedirles este honor, este inmenso, infinito honor, que partió enteramente de ellos” (Castro, 1979).

Fidel estaba particularmente satisfecho por esa victoria revolucionaria. Habían culminado con éxito enormes esfuerzos diplomáticos secretos, combates militares y políticos y una dosis de negociación de muchas voluntades en Cuba, Panamá, Venezuela y Costa Rica, entre otros. El líder cubano tuvo que ser extremadamente prudente en sus palabras, ya que la administración norteamericana de la época y los abundantes enemigos de la Revolución Cubana no dudarían en acusarlo de intervencionista y de ser el estratega de la victoria sandinista, en desmedro del papel de la Dirección Nacional del FSLN y el heroísmo del pueblo nicaragüense.

Aunque algo de eso había, en especial por el tema que nos ocupa. La unidad del FSLN era en parte resultado del empeño puesto por Fidel para persuadir a los comandantes que sólo unificando sus tendencias podrían tener la fuerza para vencer a Somoza y contar con el apoyo y la solidaridad combatiente de toda Latinoamérica. En sus propias palabras:

Alrededor de la lucha sandinista se creó una gran solidaridad internacional, una gran unidad de toda la izquierda centroamericana y latinoamericana; alrededor de la lucha sandinista se creó, de manera tácita, lo que pudiéramos llamar un gran frente democrático-independentista-antintervencionista en América Latina, algo que tiene significado histórico y enorme importancia.

En América Latina y el Caribe, en el ámbito de este hemisferio, el sandinismo estimuló el sentimiento independentista y antintervencionista de los pueblos latinoamericanos.

Esto tuvo su momento más destacado, su momento culminante, en la última reunión de la Organización de Estados Americanos. Mencionémosla por primera vez sin epítetos, porque por primera vez, por primera vez, se produjo una verdadera insubordinación de los Estados latinoamericanos, y esto es muy sintomático, ya que los sectores más reaccionarios y agresivos de Estados Unidos aconsejaron a la actual administración norteamericana seguir un camino intervencionista en Nicaragua, y Estados Unidos propuso en esa reunión la creación de una Fuerza Interamericana de Paz, decían que para llevar la paz a Nicaragua, cuando la paz de Nicaragua, la paz implantada por el imperialismo desde que intervino allí numerosas veces e instauró ese régimen reaccionario, era la paz de los sepulcros, y querían en realidad seguir manteniendo allí ese

tipo de paz, para impedir la paz revolucionaria, para impedir la victoria sandinista, para arrebatarle al pueblo el triunfo (Castro, 1979).

A inicios de 1979 la debilidad de la dictadura de Somoza se incrementaba. Las acciones del sandinismo, en distintos frentes de combate, ponían en evidencia que las fuerzas revolucionarias tenían el potencial suficiente como para vencer a la guardia somocista. Los países centroamericanos no veían con buenos ojos la prolongación de una guerra civil que amenazaba con extenderse por toda la región.

En contra de las aspiraciones de los revolucionarios actuaba la división del sandinismo. En efecto, como resultado de diversos factores, el FSLN se encontraba dividido en tres tendencias. Fracciones, dirían algunos analistas.

Ya desde 1960, los principales cuadros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) discutían sobre la táctica y estrategia de la guerra revolucionaria en Nicaragua y cuál era la más apropiada para derrocar a Somoza. Al mismo tiempo realizaban acciones y organizaban guerrillas, de tal manera que necesariamente se generaron diferencias internas que terminaron por constituir tres tendencias en los años setenta. Ellas eran la Tendencia Proletaria (TP), la Tendencia Guerra Popular Prolongada (GPP) y la que fue conocida como Tendencia Insurreccional o Tercerista (TI).

Es innegable que las tendencias surgen por diferencias de orden ideológico, aunque con una vertiente común que los identificaba: el Sandinismo, es decir la interpretación de su realidad nacional a partir de las enseñanzas de la lucha por la soberanía nacional de Augusto C. Sandino.

Sobre esa base es que Fidel hace un llamado a los principales dirigentes de las tres tendencias para que reflexionen sobre qué era prioritario, ¿lo que los unía o lo que los separaba?

Los comandantes Tomás Borge y Humberto Ortega coincidían que en la práctica ya existía lo que denominaban “unidad en la acción”. Es decir que los militantes sandinistas, de cualquiera de las tendencias, se encontraban coincidiendo en las acciones que realizaban y porque el pueblo nicaragüense no acertaba a diferenciar claramente una de otra.

Ya para mayo de 1978, por el carácter que tomaba la lucha, se dieron conversaciones para coordinar las acciones y se forma el llamado “mando unificado”. Esto permitió que las tendencias actuaran bajo una estrategia militar consensuada.

La maduración del progresivo entendimiento entre las tres fracciones permitió que hicieran público un comunicado donde daban a conocer la formación de una Dirección Nacional Conjunta (DNC) integrada por tres representantes de cada tendencia: Tomás Borge, Henry Ruiz y Bayardo Arce por la GPP; Daniel Ortega, Humberto Ortega y Víctor Tirado por la TI; y Jaime Wheelock Román, Luis Carrión y Carlos Núñez por la TP.

El comunicado, redactado con el estilo propio de la época, dice:

DE: DIRECCIÓN NACIONAL
FSLN-GPP. COMISION POLÍTICA
FSLN-PROLETARIO. ESTADO
MAYOR DE LA RESISTENCIA
URBANA. Insurreccional
FSLN

Hermanos nicaragüenses:

El F.S.L.N.-G.P.P., el F.S.L.N.-
PROLETARIO-, y el Estado Ma-
yor de la Resistencia Urbana-
F.S.L.N. - INSURRECCIONAL -,
hemos decidido unir nuestras fuer-
zas políticas y militares para garan-
tizar que la lucha heroica de nues-
tro pueblo no sea burlada por las
maniobras del imperialismo yanqui
y los sectores vende patria de la
burguesía local. Uniremos nuestras
fuerzas para impulsar la lucha ar-

mada revolucionaria hasta que la
Dictadura Militar Somocista sea de-
finitivamente derrocada y se instaure
en nuestra patria un régimen au-
ténticamente democrático que ga-
rantee la soberanía nacional y el
progreso socio-económico de nues-
tro pueblo trabajador. La Unidad
Sandinista que hoy nos comprome-
temos a reforzar cada día más, será
la indiscutible garantía de la victoria
popular.

Lo que es menos conocido y poco comentado es justamente el papel que jugó Fidel para que las tendencias llegaran a ese acuerdo. Aunque el Comandante en Jefe era particularmente reservado en estas materias, y no le gustaba que se destacara su papel protagónico, es justo reconocer que convocó a los dirigentes de las tres tendencias a La Habana para reiterarles un llamado a la unidad.

De las dificultades operativas para llevar desde los distintos frentes a los dirigentes sandinistas hasta Cuba les corresponde hablar a los protagonistas, cuando así lo decidan. Pero dejo constancia que hubo que persuadir a algunos de ellos, que en un inicio se mostraron reticentes a emprender el viaje. Por el respeto que todos guardaban por Fidel y por lo razonable de la agenda que los convocaba, terminaron por llegar todos a una casa de protocolo donde el jefe de la Revolución Cubana empeñó sus más fuertes razonamientos para persuadirlos de unificarse.

La visión de largo alcance de Fidel, su comprobado olfato de estrategia, le permite detectar que hay una revolución latente en Nicaragua, pero que falta el componente de la unidad, que permitirá pasar del estadio de “revolución pasiva” a una revolución capaz de lograr el triunfo, derrocar a Somoza y modificar la correlación de fuerzas en toda Latinoamérica.

Gramsci denomina revolución pasiva a “... la ausencia de una iniciativa popular unitaria y al hecho que su desarrollo se ha verificado como

reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares...” (Gramsci, 1984:t. 4).

Es oportuno mencionar aquí otros recuerdos del comandante Tomás Borge, que enfatizaba en “la pasión con que Fidel hablaba de la unidad”. En esa ocasión no todo fue fácil. Escuchó los argumentos de cada tendencia, demostró un conocimiento detallado de las diferencias al seno del sandinismo, rescató lo que unificaba y explicó una y otra vez el salto estratégico que significaría para el FSLN la unidad revolucionaria. También tuvo la sabiduría de dejarlos solos para reflexionar y regresó más tarde para reanudar el intercambio.

Para evitar suspicacias sobre el papel de Fidel y hasta dónde llegó su participación, refiero a un comentario que le hace a Ignacio Ramonet y contenido en el libro *Cien horas con Fidel*: “Nosotros hemos mantenido relaciones durante más de cuarenta años con el movimiento revolucionario en América Latina, y relaciones sumamente estrechas. Jamás se nos ocurrió decirle a ninguno lo que debía hacer. Íbamos descubriendo, además, el celo con que cada movimiento revolucionario defiende sus derechos y prerrogativas” (Ramonet, 2016:411).

Lo cierto es que Fidel argumentó, persuadió, jugó el rol de un dirigente que sabe sumar sin imponer ni violentar. Al término de las jornadas, intensas y acaloradas, la unidad había logrado un espacio en la conciencia de los comandantes sandinistas y una nueva etapa de la lucha se inició en Centroamérica.

Considero que es justo reconocer a Fidel su invaluable papel en estos procesos históricos, donde la unidad latinoamericana demostró ser el camino para la victoria. Han transcurrido casi cuatro décadas de estos acontecimientos y no constituye infidencia reclamar para Fidel todo un trabajo de diplomacia paralela desarrollado con Carlos Andrés Pérez presidente de Venezuela en ese momento, Omar Torrijos que conducía la recuperación de la soberanía

panameña y hasta de un socialdemócrata honesto como Rodrigo Carazo, presidente de Costa Rica.

Fidel argumentó, explicó razones y, sobre todo, comprometió su palabra, que valía más que cualquier documento oficial. Como diría Gramsci: Fidel “no hizo más que diplomatar la revolución” (Gramsci, 1984:293), es decir, un esfuerzo descomunal para que los mencionados mandatarios comprendieran el valor estratégico de una victoria sandinista y los beneficios que traería para Centroamérica y todo el continente el derrocamiento de la dictadura somocista.

A partir de esa suma de voluntades fue posible que el FSLN desarrollara una política de relaciones internacionales de amplio espectro y que permitió que hasta la OEA respaldara una salida al conflicto y evitara la intervención estadounidense.

Tal vez ahora resulten más comprensibles las palabras del comandante Tomás Borge, que años después se expresó de esta manera en una entrevista:

[...] El hombre moderno de José Martí se llama Fidel Castro; y si es un motivo de orgullo para Cuba, también lo es para Latinoamérica que exista un hombre en este mundo que se llama Fidel Castro. Y la audacia, el coraje que demostró José Martí, estos días fue llevado a plenitud por Fidel Castro.

Fidel también sirvió como ejemplo para nosotros como dirigente de la Revolución Cubana. Raúl Castro, aunque brilla por su propia luz, no sería posible sin Fidel; como ninguno de nosotros sería posible sin Fidel Castro. Yo me acuerdo cuando Carlos Fonseca empezó a hablar de la Revolución nos decía que había que pensar en la Revolución las 24 horas; siempre hablaba de Fidel y del Che, pero el Che no hubiera sido posible sin Fidel.

Fidel es como el padre de todos nosotros y alguna vez se ha reconocido así, en las distintas circunstancias y por distintos motivos. Es más, los cambios que se han producido en América Latina, en Ecuador, en Brasil en alguna medida, en Nicaragua, algo en Guatemala, quizá en El Salvador y particularmente en Bolivia no hubiesen sido posibles tampoco sin la acción de la Revolución Cubana y sin el ejemplo de Fidel Castro. Se habla del papel de la personalidad en la Historia, pero si hay alguna personalidad en la Historia que de verdad ha tenido influencia en el destino de América es Fidel.

La solidaridad de Cuba es hija de Fidel Castro, quiero que quede todo el mundo claro, porque ese espíritu solidario, ese espíritu de decir siempre la verdad, esa generosidad ilimitada, esa honradez sin fronteras la tiene Fidel; y ha sido ejemplo no sólo para nosotros sino para cualquier dirigente en el resto del mundo. De tal modo que, aunque hable más de él que de otra cosa, yo quisiera decir que la génesis, el embrión original de Cuba es José Martí, pero el embrión original de los cambios revolucionarios que se producen en América Latina es Fidel Castro (*Cubadebate*, 2009).

La unidad del Frente Farabundo Martí para la Liberación de El Salvador

Uno de los documentos que retrata con más precisión el papel que desempeñó Fidel en la unidad de los diversos grupos revolucionarios de El Salvador, es una carta a Fidel Castro, del 16 de diciembre de 1979, firmada por Schafik Hándal, en ese entonces Secretario General del Partido Comunista Salvadoreño. En esa carta le dice: “Fidel, gracias a tu ayuda, a la ayuda de tus compañeros de partido y al inspirador ejemplo del pueblo revolucionario de Cuba, hemos dado un paso trascendental, fir-

mando un acuerdo que sienta bases muy sólidas sobre las que iniciaremos la coordinación y unidad de nuestras organizaciones”.

Las organizaciones a las que hace mención Schafik eran el Partido Comunista de El Salvador (PCS), las Fuerzas Populares de Liberación “Farabundo Martí” (FPL), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la Resistencia Nacional (RN) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC).

La coyuntura en la que operaban las organizaciones populares salvadoreñas estaba marcada por el impulso y ejemplo que constituía la Revolución Sandinista en Nicaragua, el 19 de julio de 1979, a sólo unos kilómetros de distancia. Contribuye también a la dinamización de las luchas revolucionarias el golpe de Estado contra el General Romero, del 15 de octubre de ese mismo año. Este contexto creaba mejores condiciones para avanzar hacia una izquierda revolucionaria unificada.

La fundación del FMLN tuvo momentos previos. En diciembre de 1979, el PCS, las FPL y la RN constituyeron la Coordinadora Político-Militar (CPM). En enero de 1980, las organizaciones de masas de las cinco estructuras políticas antes mencionadas crearon la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM).

En mayo de ese mismo año, el PCS, las FPL, el ERP y la RN integraron la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU), con el objetivo de que el proceso revolucionario tuviera una sola dirección, un solo proyecto militar y un solo mando, en síntesis, una sola línea política-militar. El 10 de octubre de 1980, la DRU dio vida al FMLN, dos meses después se incorporaría el PRTC. El FMLN era resultado de décadas de luchas y organización por hacer realidad las demandas del pueblo salvadoreño: democracia, justicia social y autodeterminación nacional. Las condiciones de aquel momento estimularon el lanzamiento de la Ofensiva General en enero de 1981, que daría paso a la Guerra Popular Revolucionaria.

Nuevamente es pertinente rescatar la visión de estrategia de Fidel, que previó el curso que podía tomar la guerra revolucionaria en El Salvador si las organizaciones se unían bajo un solo programa revolucionario y una sola estrategia de lucha.

Convocados por Fidel, los principales dirigentes de lo que sería el FMLN recibieron los consejos y fraternales llamados del líder de la Revolución Cubana. Al respecto, Schafik Hándal agregaba que dentro de la argumentación de Fidel había un particular énfasis en señalar que ya la Revolución Sandinista comenzaba a ser asediada por el imperialismo y la contrarrevolución y que, en la medida que la lucha salvadoreña se incrementara, se aliviaría la presión sobre los sandinistas. “En su llamado a la unidad había una clara visión internacionalista.”

En palabras de Ana Guadalupe Martínez, dirigente del ERP:

[...] fue de las piezas claves para que el FMLN surgiera con una sola estrategia y un solo nombre.

Al principio eran cinco grupos, cada uno haciendo su propia guerra y sin una estrategia común, y sin una conducción única, tanto política como militar. Él (Fidel Castro), poniendo de ejemplo lo exitoso que había sido el Frente Sandinista al unir sus tres tendencias, puso a disposición del FMLN todo el apoyo y conocimiento que pudiera tener para lograr que el FMLN se uniera y surgiera una sola conducción político militar.

A la muerte de Fidel, dos miembros de la dirección del FMLN han sido explícitos en recordar el papel del dirigente cubano en el proceso de unidad de los farabundistas.

Dijo Salvador Sánchez Cerén, actual presidente de la República de El Salvador:

Uno de los valores más preciados que nos enseñó Fidel es el de la unidad. Su llamado fue decisivo para que las fuerzas revolucionarias

salvadoreñas, un 10 de octubre de 1980, nos uniéramos bajo una sola bandera, la del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

Tuvimos la oportunidad de compartir con Fidel en diferentes momentos de la historia, escuchamos sus experiencias, sus consejos, pero además sus críticas, porque era un hombre honesto, justo, que te decía las cosas, por duras que fueran, y eso también nos ayudó mucho a madurar en nuestro pensamiento y nuestra visión estratégica.

Las nuevas generaciones continuarán impulsando las ideas de Fidel y la Revolución Cubana, para seguir transformando nuestras sociedades, volverlas más justas y solidarias.

Por su parte, Medardo González, Secretario General del FMLN, también fue muy explícito:

Fidel Castro apoyó y aconsejó el camino que debía recorrer para generar cambios en la sociedad salvadoreña a través de la unión de las cinco organizaciones que luchaban de forma separada por un mismo fin.

Nosotros, los fundadores del FMLN, todos los veteranos del partido sabemos en aquellas condiciones en que luchamos, una década antes y más antes de la conformación de nuestro partido, tenemos recuerdos como si fuera ayer que Fidel nos dijo –ya dejen de pelear estas cinco organizaciones de El Salvador, esas cinco organizaciones revolucionarias pónganse de acuerdo, porque aquí lo fundamental es derrocar esta dictadura y avanzar hacia el socialismo.

El diálogo, el razonamiento, la persuasión como elemento fundamental fue lo que precisamente ayudó

en nosotros; de tal manera que Fidel es artífice, es parte de la construcción de nuestro Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Nosotros siempre reconocemos eso en Fidel particularmente; Fidel Castro se metió ahí de tal manera que nos acompañó en este proceso y en esta lucha, no tengo por qué callármelo.

Fidel Castro dedicó tiempo para abordar estrategias y tácticas a implementar como grupo beligerante. Estos son recuerdos que no se borran y no se deben de borrar de nosotros.

La evidencia de los casos de Nicaragua y El Salvador no dejan la menor duda del enorme papel jugado por Fidel Castro en la unidad de los revolucionarios centroamericanos.

El papel que nos corresponde a los analistas sociales no es el de especular sobre lo que podría haber pasado o no en Centroamérica sin el impulso dado por Fidel. Lo que nos toca hacer es contribuir al análisis con elementos comprobables y que objetivamente incidieron de manera estratégica en el desarrollo de las luchas en el subcontinente y del ejemplo de unidad que éstas brindaron a combatientes de otras latitudes.

Todos ellos coinciden en una cosa: sin Fidel y su vocación unitaria y latinoamericanista, difícilmente se hubiera avanzado tanto como se avanzó. En las actuales condiciones de confrontación de una propuesta progresista enfrentada a proyectos de restauración neoliberal, el valor de la unidad adquiere nueva relevancia. Como comenta el intelectual nicaragüense Orlando Núñez: “Avanza la conciencia de que toda revolución en América Latina necesita cada vez más, para afianzarse, de lo que pase en toda la región” (Núñez, 2015:279).

Cumbre Iberoamericana

En la Primera Cumbre Iberoamericana, celebrada en México en 1991, el contexto había cambiado notablemente y soplaban vientos adversos para las luchas revolucionarias. Sin embargo, Fidel Castro, fiel a sus principios, reiteró uno de sus temas más sentidos:

(...) lo esencial de esta reunión y lo que le daría su verdadero sentido histórico, es la decisión de aunar nuestros esfuerzos y nuestras voluntades hacia la integración y la unidad de América Latina, no sólo económica sino también política.

A esa América Latina integrada y unida, Cuba está dispuesta a pertenecer, a discutir con ella cualquier tema, e incluso a derramar su sangre defendiendo lo que es hoy la primera trinchera de la independencia y soberanía de nuestros pueblos.

Ha llegado el momento de cumplir con hechos y no con palabras la voluntad de quienes soñaron un día para nuestros pueblos una gran patria común que fuese acreedora al respeto y al reconocimiento universal (Castro, 1991).

En abono de lo ya expuesto, al cumplirse el centenario de la Revolución Bolchevique retomamos a Rosa Luxemburgo que en su análisis decía: “La revolución de 1905-1907 sólo encontró una tibia repercusión en Europa y permaneció como un capítulo inconcluso cuya continuación y solución estaban ligadas a la evolución europea”. Más adelante pone una frase sobre el internacionalismo que conserva toda su vigencia: “...esta es la única forma de afirmar la trascendencia resolutoria de una acción internacional homogénea por parte de la revolución proletaria, como requisito indispensable, ya que, en su defecto, la actividad más enérgica y los más arduos sacrificios del proletariado de una determinada nación acabarían irreversiblemente por perderse...” (Luxemburgo, 1964:209).

Conclusiones parciales

Fidel pasa a la historia, entre muchas razones, por su calidad de defensor del paradigma de la unidad latinoamericana y caribeña como requisito indispensable para transformaciones revolucionarias en el continente. A medida que la globalización se consolidó como fenómeno económico/político/social la unidad de los pueblos en lucha fue más evidente. Casi como una fórmula: a mayor globalización más necesidad de unidad. Fidel ha quedado para siempre en nuestras conciencias como un paradigma de unidad latinoamericana.

Fidel es y será un referente ético y moral de los revolucionarios de hoy y los del mañana, que beberán de su fortaleza ideológica y de su consecuencia político-ideológica. Su ejemplo hace que sea imposible pensar la Revolución Cubana sin entenderla como parte de las luchas del continente.

La noción de unidad desarrollada por Fidel es perfectible y es tarea de las nuevas generaciones luchar por la integración política y económica de toda América Latina y el Caribe.

Fidel es irreplicable, pero tal vez todos los latinoamericanos unidos podemos acercarnos a su dimensión de líder continental.

Bibliografía

CASTRO, Fidel (1966), *Discurso en el Acto de clausura de la Primera Conferencia de Solidaridad de los pueblos de Asia, África y América Latina (Tricontinental)*, La Habana, 15 de enero. Dirección URL: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1966/esp/f150166e.html>>.

CASTRO, Fidel (1979), *Discurso en el acto conmemorativo del XXVI Aniversario del asalto al*

Cuartel Moncada, 26 de julio. Dirección URL: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1979/esp/f260779e.html>>.

CASTRO, Fidel (1988), *Discurso en el Acto en Conmemoración del XXXII Aniversario del Desembarco del "Granma"*, 5 de diciembre. Dirección URL: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1988/esp/f051288e.html>>.

CASTRO, Fidel (1991), *Discurso en la sesión inaugural de la Primera Cumbre Iberoamericana*, Guadalajara, México, 18 de julio. Dirección URL: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1991/esp/f180791e.html>>.

CASTRO, Fidel (2007), *La historia me absolverá*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

CUBADEBATE (2009), Tomas Borge "Fidel es como el padre de todos nosotros", en *Cubadebate*, La Habana, 21 de julio. Dirección URL: <http://www.cubadebate.cu/especiales/2009/07/21/tomas-borge-fidel-es-como-el-padre-de-todos-nosotros/#.WPWnB_k1_IU>.

Declaración de La Habana (1960), Cuba, 2 de septiembre.

GRAMSCI, Antonio (1984), *Cuadernos de la Cárcel*, México, Ediciones Era, cuatro tomos.

LUXEMBURGO, Rosa (1964), *Un análisis crítico*, París, Maspero.

NÚÑEZ SOTO, Orlando (2015), *El metabolismo del mercado*, Managua, Anamá Ediciones.

RAMONET, Ignacio (2016), *Cien horas con Fidel*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Estado.